

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

El pintor canario

Cristóbal Hernández de Quintana

por

Juan José Martín González



Sever-Cuesta - Valladolid

1958

Edición costada por el
Excmo. Cabildo Insular
de Tenerife.

DEPÓSITO LEGAL VA. 114 - 1958

No anda muy surtida la historia del arte canario de pintores descollantes. Por eso es justo exaltar la figura de Cristóbal Hernández de Quintana, que es, cronológicamente y por hoy, la primera personalidad importante de esta escuela pictórica, engrandecida más tarde con los nombres de Rodríguez de la Oliva, los Miranda y don Luis de la Cruz.

Las primeras referencias de este pintor se hallan en Rodríguez Moure (1) y Alfredo Torres Edwards (2). Sin embargo, quien verdaderamente llamó la atención sobre este pintor fue Pedro Tarquis (3). Nuevos informes suministró Dacio V. Darias y Padrón (4), revelando la existencia de un hijo de Quintana, Domingo, que fue igualmente pintor. Más tarde, volvía a tomar la pluma Pedro Tarquis (5), insistiendo en sus puntos de vista. Por Padrón Acosta (6) sabemos de ciertas averiguaciones del Dr. Buenaventura Bonnet, quien tuvo el propósito, malogrado por la muerte, de realizar un estudio de Quintana.

Nada se sabe hoy con precisión con respecto al lugar de su nacimiento, pues la especie de que haya sido la ciudad de Las Palmas no se apoya en nada firme. En cambio, puede precisarse la fecha en 1650 ó 1651, pues en uno de sus cuadros dice: "Anno aetatis sue 73, Domini vero 1724"; es decir, ejecutó el cuadro en 1724, cuando contaba 73 años; y en otro afirma que lo pintó a los 75 años, y sábase que murió en 1725.

Afirma Darias y Padrón que contrajo dos veces matrimonio, la primera con María de la Concepción, de la que no tuvo descendencia; y la segunda, en 1686, con María Perdomo de la Concepción, viuda de Antonio Martín de Fleitas. De este último enlace nacieron

-
- (1) *Guía de la ciudad de La Laguna.*
 - (2) *La pintura en Canarias, La Laguna, 1942.*
 - (3) *Dos lienzos de Quintana, en EL DIA, 3 y 4 de enero de 1946.*
 - (4) *El pintor Quintana y su familia, en EL DIA, 16 de enero de 1946.*
 - (5) *Aclaraciones sobre los Quintana, en LA TARDE, 7 y 13 de agosto de 1946.*
 - (6) *El paisaje canario del siglo XIX. Con motivo del centenario de Valentín Sanz, Santa Cruz de Tenerife, 1950.*

seis hijos. Miguel y Francisco Hernández de Quintana fueron sacerdotes y sochantres de la parroquia lagunera de la Concepción. Domingo fue pintor como el padre y falleció en 1763. Otras informaciones de la familia da el regidor de La Laguna don José Antonio de Anchieta y Alarcón (7). Dice que en 1767 murió Francisco, a los setenta años de edad, el cual había fundado la capilla llamada de la Cruz, en la cual solía colocar “una lámina de la batalla naval, otra del Angel, otra de la Magdalena y otra de San Jerónimo, que había pintado Quintana, su padre”. Es de suponer que se trate de las pinturas que se guardan actualmente en la parroquia lagunera de Santo Domingo, excepto la de la Magdalena, de la que no hay rastro. Y de Cristóbal Hernández de Quintana refiere que, habiendo sorprendido a su primera mujer en adulterio, mandó decir un funeral por su alma, como si hubiese muerto, y que ella, arrepentida, solía ir a casa del marido a pedir limosna, quien se la daba, aunque sin permitirle regresar al hogar. La literatura española —sabido es— ha sido muy aficionada a narrar episodios como éste, de muy dudosa verosimilitud. El 14 de setiembre de 1725 era sepultado Cristóbal Hernández de Quintana en la capilla del Cristo, de la parroquia de los Remedios, en La Laguna. Murió sin hacer testamento. En cambio, lo hizo su mujer, en 29 de agosto de 1729, ante el notario José Isidro Uque Osorio (8). Se mandaba enterrar en la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, dejando todo lo referente al entierro y funeral al cuidado de su hijo Miguel Hernández de Quintana, presbítero. Manifestaba que de su primer matrimonio con Atanasio (Antonio, dice Padrón) Martín de Fleitas, muerto en Indias, nació Bernardo Martín de Fleitas. Enumera los hijos habidos con Cristóbal Hernández de Quintana, a quien menciona varias veces de esta manera, “de Quintana”, lo cual está de acuerdo con las firmas del maestro. Eran: Josefa Rafaela, Miguel, Cristóbal, Bárbara María, Domingo Francisco y Francisco, clérigo de menores el último. El matrimonio debió de vivir con cierta holgura, por cuanto en 1692 compraron una casa a los albaceas de Augusto Durán.

Analizadas las pinturas que se conservan, hemos llegado a la

(7) *Diario (Apuntes curiosos)*, 1731-1767. Biblioteca Provincial de La Laguna, radicante en la Universidad, fol. 134 y sgs.

(8) Con este dato, publicado por Darías y Padrón, fuimos al Archivo de Protocolos, donde efectivamente hallamos el documento. Leg. 1.196, fol. 57.

conclusión de que no hay sino una única personalidad. Las variantes circunstanciales que se encuentran, son las propias de cada artista en los diferentes momentos de su producción. Piénsese en la larga vida del maestro, a lo largo de la cual forzosamente tuvo que evolucionar, aunque no fuera mucho. El mismo argumento de las diversas firmas, que se ha esgrimido (9), corrobora precisamente lo contrario. La grafía muestra un mismo estilo de letra e invariable la forma de Quintana, escrito siempre con minúscula; lo único que cambia es que figuren o no el nombre y el primer apellido. Y bien sabido es que estas variantes son de ritual en todos los pintores.

El problema de Domingo, el hijo pintor, no es fácil de aclarar. Porque no hay razón para endosarle todas las copias deficientes que existan, las cuales pueden ser de vulgares imitadores, que los hubo en crecido número. Pues el andarse en atribuciones, cuando faltan sólidas apoyaturas, no deja de ser un juego condenable. Es, no obstante, presumible que fuera dócil al influjo de su padre, dado que tantos pintores le imitaron.

Representa Quintana un estilo arcaizante. En época dada a todo género de esfumaturas y vaporosidades, se muestra decidido partidario del dibujo muy apurado. Con frecuencia utiliza un paño plegado angulosamente, a no dudarlo inspirado en la pintura flamenca e hispano-flamenca del siglo xv. Otras veces el plegado, aunque sin perder rigor escultórico, suaviza sus quebraduras. Y con estos pliegues el maestro suele constituir ciertas fórmulas, como la que usa a la altura del codo en sus personajes. Gustó mucho de toda clase de transparencias; con toda nitidez se perciben las formas bajo velos y encajes. También los pintores del siglo xv fueron muy aficionados a tales efectos.

Son de notar en su pintura afinidades con el arte del Seiscientos. Ciertos resabios tenebristas saltan a la vista, como los fondos betunosos; mas prescinde de la violencia de luces y del hosco realismo de aquella tendencia. Por el contrario, los personajes se distinguen por el porte bondadoso. Tiende a lo místico, pero carece de alientos para remontarse. Su repertorio de composiciones y tipos es sumamente limitado; por doquier asoman los mismos rostros y actitudes. Sus figuras prefieren las posiciones estáticas. Su arte de agrupar,

(9) Padrón Acosta, *ob. cit.*

por lo común, no rebasa los límites del siglo xvi. No existe profundismo en sus lienzos. Lejos de él, por lo tanto, todo arrebatado barroquista. A lo sumo puede apreciarse cierto parentesco con la pintura barroca española, de esencia netamente religiosa y contrarreformista, cual acontece en el cuadro de la *Visión de Santa Teresa*.

Trabaja sobre lienzo y menos frecuentemente sobre tabla. Algunas pinturas adolecen de falta de preparación en el lienzo, pues abundan en desconchados y mudanzas de color, circunstancia que ha puesto a algunos críticos sobre la pista de otro supuesto Quintana. Sus cuadros han sufrido mucho por lo general, sobre todo los que no fueran barnizados. En la coloración mantiene ciertas peculiaridades; por ejemplo, las carnaciones masculinas tienen una intensa tonalidad cobriza, en tanto que las femeninas presentan un matiz ligeramente azulado, muy bello.

Se hallan afinidades con pintores peninsulares. Algún tipo, el paño a veces y ciertos motivos, como el amor a las flores y a detalles humildes, le acerca a Zurbarán. El sentimiento blando y melifluido tiene su relación con Murillo, del que disiente notoriamente por su amor al dibujo. También es patente el circunstancial contacto con la escuela de Alonso Cano. Tales influjos le han podido alcanzar a través de dibujos, grabados y pinturas llevados de la Península a Canarias, pues hay que descartar su viaje a Andalucía y la identificación con el pintor Quintana que menciona Ceán Bermúdez (10). Por el Conde de la Viñaza (11) sabemos que este pintor andaluz se llamaba Silvestre; y de los cuadros de San Francisco, de Baza, que le asigna Ceán, habla Ponz (12) con notorio desdén.

Son escasísimos los datos cronológicos con que contamos para estudiar evolutivamente la producción de Quintana. Por otra parte, su estilo se nos ofrece definido con unas características formales y cromáticas muy uniformes, lo cual estorba todo intento de fijar épocas en su producción. Por esta razón, haremos la presentación de sus cuadros con arreglo a dos grupos: la obra firmada y la no firmada.

Es muy probable que date de los primeros tiempos el cuadro del *Abrazo de Santo Domingo y San Francisco*, guardado en la iglesia

(10) *Diccionario*, Tom. IV, pág. 138.

(11) *Adiciones al diccionario de Ceán Bermúdez*, Tom. 3.

(12) *Viaje de España*, edición Aguilar, 1947, pág. 1.411.

de San Juan, de Telde (Gran Canaria); la flojedad de los tipos y la insuficiencia de la técnica nos hablan de un arte aún por formar. Está pintado sobre tabla y lleva esta firma: **quintana f [aciebat]**. Mide 0,57 por 0,48 metros.

La Catedral de Las Palmas posee uno de los mejores lienzos de Quintana. Se trata de una *Purísima* de gran tamaño. Una inscripción, mutilada por un lado al incorporarse el lienzo al marco en que actualmente se encuentra, dice: “[El] original es [dc] D. P.^o Atha[nas]io Pintor de [Su] Magestad Catholica [del] Rey Nuestro Señor [Don] Carlos Segundo. [Cop]iolo Xristobal [de] quintana. Año de 1696”. Entre corchetes hemos colocado lo que a nuestro juicio está hoy cubierto por el marco. Desde el principio tuvimos la sospecha de que el cuadro original a que se alude fuera de Pedro Atanasio Bocanegra, secuaz de Alonso Cano en la escuela de Granada, dada la sobria elegancia e idealización de formas que observábamos en el lienzo de Quintana. Don Miguel Tarquis, que me informó de la existencia del cuadro (13), me señaló igualmente el parecido con la Inmaculada de la iglesia de la Concepción, de La Laguna. Este cuadro fue publicado por Rodríguez Moure (14), manifestando que según averiguaciones del pintor Valentín Sanz, su autor era “Atanasio, discípulo de Murillo”. Sin duda Valentín Sanz leyó el letrero del cuadro de Las Palmas y al comprobar la semejanza con el de La Laguna, llegó a la conclusión de que éste era también de Pedro Atanasio. Don Emilio Orozco, autor de una excelente monografía sobre Bocanegra y pese a no conocer el cuadro sino por la reproducción dada a conocer por Rodríguez Moure, me hizo saber particularmente que a su juicio el cuadro lagunero es el que copió Quintana y que es efectivamente de Bocanegra. Opinión que me parece enteramente acertada, una vez que he examinado el cuadro de cerca y con buena luz, pues está en lugar alto y poco luminoso. A la vista del cuadro, se acrece el mérito de Quintana, que logró una copia de gran valor. Salvo diferencias de escasa monta, Quintana reprodujo fielmente el original. Difere, no obstante, en la factura, blanda y esponjosa en Bocanegra, más dura y escultórica en Quintana, quien además

(13) Quedo muy agradecido a este buen amigo por los varios informes que me ha facilitado en relación con el pintor que nos ocupa.

(14) *Historia de la parroquia matriz de Nuestra Señora de la Concepción, de la ciudad de La Laguna*, La Laguna, 1915, pág. 224.

se sirve de una gama cromática más fría. En la lejanía se percibe un retazo de mar y un barco, lo cual alude sin duda a la significación marinera del lienzo; en el medio isleño, la Virgen sería invocada como protectora de empresas náuticas. El cuadro es, por otra parte, el que nos da la fecha más antigua de la obra de Quintana, y aquí su pintura se nos ofrece plenamente sazónada.

La Visión de Santa Teresa, propiedad de don Ruperto Cabrera, de La Laguna, entronca con la tradición contrarreformista española, por el sobrio catolicismo que encierra. Mide 2,54 por 1,66 metros. Está firmado: **xrtobal de quintana**. Muy ennegrecido y con algunos deterioros, merece restauración. La ambientación pertenece a la esfera tenebrista, aunque los contrastes lumínicos distan de ser extremosos. A no dudarlo es la obra de mayor sentimiento religioso del maestro. El Señor está atado a la columna baja, usual en la época barroca, es decir, imita a la de Santa Práxedes (Roma), creída la original (15). La Santa presenta un bello escorzo y unas manos muy expresivas. La escena acontece en la celda de Santa Teresa. En la espesa atmósfera se reconoce una silla española, de asiento y respaldo de cuero, una mesa con unos infolios abiertos y unos anaqueles. Este tema de las apariciones deriva de las propias descripciones de la Santa. Narra ella misma lo siguiente: "Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la Hostia lo mismo, si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz, y en el Huerto, y con la corona de espinas pocas, y llevando la cruz también algunas veces"... (16). De tales palabras puede deducir el lector que el Señor se la apareció de mil maneras y, lógicamente, atado a la columna, que es como aquí se la ha figurado.

También de asunto místico es el cuadro de la *Aparición de la Virgen a San Cayetano*, de la colección Cayetano Gómez, de La Laguna. Mide 1,67 por 1,25 metros. Está firmado: **quintana f**. Encaja igualmente dentro del ambiente contrarreformista español. La Virgen, apoyada en una nube, ofrece el Niño Jesús a San Cayetano, quien lo toma en sus brazos. La toca que envuelve la cabeza

(15) Emile Mâle: *L'Art religieux de la fin du XVI^e siècle, du XVII^e siècle et du XVIII^e siècle*, Paris, Librairie Armand Colin, pág. 263.

(16) *Vida de Santa Teresa*, por ella misma. En *Obras Completas de Santa Teresa*, Aguilar, 1951, pág. 152.

de la Virgen es muy transparente y el borde se marca con una línea muy señalada, de acuerdo con un convencionalismo muy propio del pintor. Viste la Señora manto de un azul claro, muy delicado; la encarnación es ligeramente azulada, contrastando con el color cetrino del Santo. Es lienzo bien compuesto y de placentero colorido, pero le falta impulso emotivo.

El retablo mayor de la iglesia del Hospital de Dolores, de La Laguna, guarda un gran lienzo del *Sueño de San José*. Es decir, se refiere al momento en que un Ángel del Señor se apareció en sueños al Santo y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque lo que en Ella ha nacido viene del Espíritu Santo". Y efectivamente, el Ángel señala hacia arriba, al Espíritu Santo, engendrador del Hijo en el seno de la Madre. El lienzo se halla bien conservado. La firma dice: **xrtoval de quintana**. De este cuadro guarda una buena copia la iglesia de la Concepción de La Laguna; otra, de muy escasa calidad, pertenece a don José González Rodríguez.

Nada tiene que ver con el arte de Quintana el cuadro de la *Aparición de la Virgen a San Bernardo*, situado en el mismo retablo.

La referida iglesia del Hospital guarda dos cuadritos de Quintana, sin duda *disjecta membra* de algún retablo descabalado. Representan a *San Juan de Dios* y a *San Cristóbal*, patrón éste de La Laguna. Mide cada uno 0,32 por 0,96 metros. El primero nos muestra al Santo de los pobres y enfermos, salvando a un anciano de un incendio. Por firma lleva: **quintana**. Vénse los conocidos rojos vinosos del ambiente y los tonos bronceados de los rostros, de Quintana. San Cristóbal viste a la manera española, con calzas, gregüescos y jubón; su mirada tiene la intensidad extraviada de los místicos. Su zurrón va cargado de infolios y rosarios. En el fondo se ve, al modo medieval, otra escena, donde se figura el momento en que, al inclinarse para beber en un manantial, hace su aparición el Niño Jesús.

De su última época es el cuadro de *San Pío V rezando por el triunfo de Lepanto*, conservado en la iglesia de Santo Domingo, de La Laguna. Posiblemente es aquel cuadro, de "la batalla naval", que se menciona en el *Diario* de Alarcón, ya citado. Mide 0,50 por 0,72 metros. Lleva esta firma: **quintana f. aetatis sule 75**, lo cual nos dice que se pintaría por tanto el año de su muerte. A pesar de hallarse bastante renegrido, conserva brillante coloración. Es una

de las mejores pinturas del maestro. Contra lo que se ha afirmado, ninguna relación observa con el lienzo de Mateo Gilarte, conservado en la iglesia de Santo Domingo (no en la Catedral), de Murcia (17). Hay en el lienzo elementos de diversa estirpe, diestramente conciliados. El Santo Papa ora y lee ante el Crucifijo, viéndose en el fondo, como motivo parlante, el combate de las escuadras cristiana y turca. El gran cortinaje pertenece al repertorio del Barroco. En la parte superior se halla la Virgen del Rosario. De barroco movimiento son los dos ángeles que se ciernen sobre la batalla, en ayuda de los cristianos. Hay réplica de este lienzo en la ermita del Palmar, de Buenavista (Tenerife).

Un año antes de morir, pintaba el cuadro de la *Misa de San Gregorio*, que guarda la iglesia Catedral de La Laguna. Mide 0,39 por 0,65 metros. Hay una inscripción votiva que dice: "Una Ave María por el alma de quien aquí lo puso en charidad". La firma es algo borrosa, pero se lee: **xrtoval quintana faciebat anno 1724, aetate sue...**. Aquí copia Quintana algún cuadro o estampa flamenca del siglo xv. De todas formas, es cuadro sin interés. En el retablo de la Virgen del Carmen, de la parroquia de la Concepción en Santa Cruz de Tenerife, hay un cuadro similar. Dada la gran altura en que está situado, no puedo precisar si es otra copia del mismo Quintana, o si este pintor se sirvió de él como original para el mencionado de la Catedral lagunera.

Dos preciosos cuadrillos, de la Virgen y San José, con el Niño, se veneran en la iglesia parroquial de Arucas (Gran Canaria). Miden 0,33 por 0,43 metros. Están firmados: **quintana f.** Dado que se hallan pintados sobre tabla y barnizados y como la ejecución es minuciosa, parecen pinturas de la primera mitad del siglo xvi. Ambos, y singularmente el de la Virgen, presentan un evidente aire murillesco. La belleza de formas y dulzura de colorido, sitúan estas obras entre lo más estimable de Quintana.

Muy deteriorados se hallan dos grandes lienzos del maestro, de la ermita de San Jerónimo, en Tacoronte. Mide cada uno 1,09 por 1,75 metros y poseen igual firma: **xrto'. quintana.** San Simón, recostado contra un árbol, se adentra afanosamente en la lectura espiritual. Los abultados pliegues producen un efecto escutórico,

(17) Agradezco el informe a la señorita doña Virginia de Mergelina.

pero se disponen inhábilmente. San Judas Tadeo se halla en actitud mística; en su rostro prende el afectuoso contacto divino. Composura y ordenación de paños están hechos con mayor destreza que en la otra figura. Dos cuadros semejantes, muy bien conservados, se hallan en el altar de San Antonio, de la iglesia de la Concepción, de La Laguna. Miden 0,75 por 1,37 metros. No llevan firma, pero a no dudarlo son réplica de los de Tacoronte, pues son éstos de mayor tamaño y están firmados. No obstante, el autor se superó en estos dos lienzos laguneros. Especialmente el cuadro de San Judas encierra una prestancia de color y una fuerza de espíritu no sobrepasadas por Quintana.

Por noticias de Darías y Padrón, sabemos que en 1724 el cabildo de Las Palmas le encargó el retoque del cuadro de *Santa Ana*, obra del sevillano Juan de las Roelas, que poseía dicho templo. Mide 1,60 por 2 metros. Está pintado sobre tabla y su conservación es magnífica. La intervención de Quintana se halla patente en esta inscripción: "Temporis injuriis defedata hec effigies in pristinum statum fuit radacta expensis et effectu Dominis D. D. Emmanuelis Alvarez de Castro... ecclesie cathedralis canonici, per Xristoforum de Quintana. Anno aetatis sue 73, Domini vero 1724". Lo cual nos hace saber que muy deteriorada la pintura, fue restaurada a expensas e iniciativa de canónigo don Manuel Alvarez de Castro, por Cristóbal de Quintana, en 1724, cuando el pintor contaba 73 años. Quintana tenía la costumbre, como se ve, de indicar la edad que tenía en sus lienzos; pero esto acontece en los de última hora, quizá para gloriarse el pintor de la firmeza de su pincel en edad ya avanzada.

Esta pintura es la que mejor testimonia la escasa evolución estilística sufrida por Quintana. Pero en rigor no cabe hablar aquí de restauración, sino de una obra nueva, pues los tipos, los colores y demás elementos son los habituales del pintor. No sé qué pueda haber ya de Roelas; en todo caso, de Zurbarán, pues la Virgen recoge abiertamente su influencia. El cuadro debiera llamarse propiamente la *Familia de la Virgen*, pues allí figuran San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen; San José, su esposo; el Niño Jesús, y San Juan Bautista, primo de éste. San Joaquín parece sacado de una pintura flamenca del siglo xv. Con sus antiparras, tiene fijada la vista en la Virgen, lo mismo que San José. Santa Ana, por el contrario, mira hacia afuera, como para atraer la atención del espectador. La Virgen se desentiende del exterior y se concentra en

su labor. Sabido es que esta manera de presentarla, entregada a las faenas domésticas, fue muy peculiar del Barroco y sobre todo de la pintura andaluza. En el término inferior se halla el Niño Jesús, dormido, con la corona de espinas en la mano, prenuncio de su pasión; San Juan solicita nuestro silencio, para no despertar al Niño.

Analizaremos a continuación los cuadros que no llevan firma, ni constituyen réplicas de los firmados, pero que resultan indudablemente pintados por Quintana.

En la iglesia de Santo Domingo, de La Laguna, hay un cuadro grande de *San Joaquín, Santa Ana y la Virgen*. Mide 1,02 por 2,10 metros. Está deficientemente conservado y los colores aparecen desvanecidos y algo descompuestos. En el suelo aparece la cesta de labor, detalle casero que se ve en otros cuadros de Quintana. Este lienzo guarda tan estrechas analogías con el de la *Familia de la Virgen*, que no hay duda debe considerarse original. Una mala copia anónima hay también en la misma iglesia.

En la iglesia de San Francisco, de Santa Cruz de Tenerife, le pertenecerá un cuadro de *San Francisco recibiendo el Niño Jesús de manos de la Virgen*, colocado en el retablo del Santo. En cambio, las pinturas del techo de la capilla mayor, de la misma iglesia, habrán sido hechas por algún seguidor. Recuerdan algunas figuras del maestro, sobre todo la Trinidad, pero la ejecución es bastante floja. Además, parece que esta capilla era reedificada a finales del siglo XVIII (18).

El tema de los *Desposorios de la Virgen con San José* aparece reiterado en la obra de Quintana. El más bello lienzo de este asunto es el que posee la iglesia de la Concepción, de La Orotava. Su composición no puede ser más tradicional, al modo del Renacimiento. Los santos esposos juntan sus manos con la del Sumo Sacerdote, que ocupa el centro de la escena. Encima, ya se cierne el Espíritu Santo, que prefigura la concepción de la Virgen. Sobre el pavimento aparecen florecillas derramadas, alusivas igualmente a la virginal pureza de María. Justo es de alabar en este lienzo la limpieza de colorido, la delicadeza de las formas, singularmente en la Virgen. El cuadro que hay en el retablo de San José, de la iglesia lagunera

(18) Domingo Martínez de la Peña: *Las cubiertas de estilo portugués en Tenerife*, Archivo Español de Arte, 1955, pág. 317.

de Santa Catalina, de tamaño inferior, es menos valioso. Puede considerarse de su pincel; pero meramente obras de taller son otros tres lienzos del mismo retablo, que representan la *Huída a Egipto* y las dos *Apariciones del Angel*, anunciando a San José la conveniencia de ir y volver de Egipto. Una copia muy deficiente de este cuadro de los Desposorios, se conserva en la parroquial de Santo Domingo, de La Laguna. Otro cuadro de los *Desposorios* figura en la iglesia del Hospital de Dolores, de La Laguna. Varía la composición, pues la escena se dispone apaisada; pero los tipos son los mismos y no falta el detalle de las flores. La factura y el colorido son de inferior consistencia que en los dos cuadros mencionados, pero no obstante debe considerarse como pintado por el propio Quintana.

Sumamente bello es el *Nacimiento*, de la iglesia de Santo Domingo, de La Laguna. Mide 0,96 por 0,71 metros. La Virgen puede contarse entre lo más singular que saliera de los pinceles de Quintana. Difiere de los otros modelos pintados por Quintana y guarda semejanza con el arte de José de Ribera. San José se halla en ademán adorante, atento al Niño, al paso que la Virgen mira hacia el espectador, atrayéndole hacia el cuadro. A instancias del que esto escribe, el lienzo está siendo restaurado por don Cristóbal González Quesada, del Museo del Prado.

En la colección Cayetano Gómez, de La Laguna, hay otro lienzo de Quintana, de la *Adoración de los Reyes*. Mide 1,46 por 0,94 metros. El colorido presenta los mismos tonos desvanecidos y descompuestos que se ven en otros cuadros de Quintana que se han conservado deficientemente. El modelo de Virgen, de cabeza redonda, es idéntico al del cuadro de los Desposorios, de La Orotava. Sugiere el cuadro una religiosidad dulzona, a la manera de Juan de Juanes. Y efectivamente, salvo una atmósfera más espesamente naturalista, el cuadro tiene un aire arcaizante, quinientista. Una copia de poco valor; del siglo XVIII, hay en la sacristía de la Catedral lagunera.

También envuelto en espesa atmósfera aparece la figura de *San Jerónimo*, en el cuadro de este santo que hay en la iglesia de Santo Domingo, de La Laguna. Mide 0,52 por 0,71 metros. Ha preferido el pintor ofrecernos al Santo en actitud naturalista, no de asceta; por eso afila pacientemente la pluma. Se percibe que no le iban a Quintana los efectos trágicos. Por eso parece también un cuadro de "primitivo", donde los atributos (el león, el sombrero, los cilicios, la calavera, los libros y el crucifijo) juegan un papel ilustrativo.

sin prestar emoción al lienzo. Y detalle de primitivismo es también el disponer otra segunda cueva de anacoreta al fondo. El lienzo descuella por su intensa entonación cromática; el color rojo de la vestidura del Santo posee una viveza extraordinaria.

Muy descoloridos se hallan los lienzos del *Retablo de la Virgen del Carmon*, en la parroquial del Realejo Bajo, que hay que clasificar igualmente como pintados por el propio Quintana. Sobresale el que representa a la Virgen con Santa Ana, haciendo labor, en la forma que ya hemos visto en otros lienzos; y también aquí se repite el mismo carácter zurbaranesco.

Pero la gran creación de Quintana es el cuadro de *Animas*, y no porque le consideremos su introductor en Canarias, lo cual no se puede precisar, sino porque creó una fórmula pictórica que tuvo fecunda secuencia. Claro que el ambiente religioso lo hizo posible, pues en estas Islas prendió como en pocas partes la devoción a las ánimas del Purgatorio, de forma que apenas hay lugar que no cuente con una cofradía de este nombre y representaciones pictóricas de la misma. Este tema fue vigorosamente impulsado por la Iglesia de la Contrarreforma (19), como reacción contra el protestantismo, que negaba el Purgatorio. Se reconocía de esta manera la existencia de las tres Iglesias: militante en la tierra, purgante en el Purgatorio y triunfante en el Cielo. El tema, como dice Mâle, no surge propiamente hasta finales del siglo XVI. Por lo que a España respecta, le vemos tempranamente en la pintura de Francisco Ribalta. La Virgen, los santos y los ángeles colaboran en esta tarea de redención de penas del Purgatorio.

La iglesia de la Concepción, de La Laguna, cuenta con un notable lienzo de este asunto. Mide 2,40 metros de ancho por más de 3 de alto. Pese a la aglomeración de figuras, el maestro evita la confusión. En la parte inferior, como en una gran caldera, se apiña el grupo de ánimas purgantes. Entre ellas se reconoce a una con tiara pontificia. Habrá de recordarse, que durante la Edad Media eran frecuentes las representaciones del Infierno, donde no era raro ver entre los condenados a eclesiásticos. Con ello parece recordar el pintor la idea de que las penas del Purgatorio existen también para las altas dignidades de la Iglesia. Formando corro alrededor de las

(19) Emile Mâle, *ob. cit.*, págs. 58 y sgs.

ánimas, se disponen santos que se afanan por sacarlas del núcleo enrojecido. Ello acontece de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, de que los bienaventurados del Cielo pueden, utilizando también nuestras oraciones, acortar los días de sufrimiento de las ánimas purgantes. Entres estos santos, reconócense a San Francisco, Santo Domingo, San Bernardo, San Agustín, San Ambrosio, San Lorenzo, San Nicolás Tolentino (el agustino que tiene el hábito moteado de estrellas), San Lorenzo, Santa Teresa y San Ignacio. En un plano superior, la Virgen y San José toman parte activa igualmente en esta tarea redentora. En medio se ofrece resuelta y varonil la figura de San Miguel. Como contabilizador de la justicia divina, muestra la balanza, todavía desequilibrada por la insuficiencia de la expiación. Cubre su pecho banda de general de la milicia celestial; su manto ondea, formando barrocos pliegues. El gran tamaño y el lugar prevalente concedido a San Miguel, nos hacen pensar que el pintor pueda haberse inspirado en el Ofertorio de la Misa de Difuntos, que dice así: "Señor Nuestro Jesucristo, Rey de la Gloria, libra las almas de todos los fieles difuntos de las penas del Infierno, líbralas de aquel lago profundo, sácalas de la boca del león, no las devore el abismo, sino que el Príncipe San Miguel las conduzca a la luz santa"... Efectivamente, como en un lago parecen sumergidas las almas purgantes.

El término alto del cuadro lo constituye la Gloria. En la parte central se halla la Trinidad, y a los lados, en un primer piso, figuras de santos, y más arriba, ángeles músicos.

Prueba este lienzo la aptitud del maestro para organizar vastos conjuntos, piedra de toque de todo pintor de pretensiones. Por imposición del tema, predominan los tonos rojizos. Bien limpio, sin duda este lienzo ganaría mucho en luminosidad.

Sin duda posterior a este cuadro, por su más trabada organización, mayor delicadeza de colorido y esmero de ejecución, será el cuadro de *Las Ánimas*, de la catedral de La Laguna, antigua parroquia de los Remedios, de la que procederá. Mide 3,95 metros de ancho por unos 5 de alto. Es la obra de mayor empeño de Quintana y probablemente el *opus magnum* de la pintura canaria. La excelente conservación hace aún más valorable el lienzo. El colorido llega a lo suntuoso; descuella también por las transparencias y calidades, tan sutiles. Vuelve aquí a repetirse la estructura en tres términos; pero hay entre ellos una más hábil conjunción, de forma que la obra

sobresale por su perfecta unidad. Por la aglomeración de figuras recuerda a los complicados conjuntos de la escuela sevillana, de Roelas y Herrera el Viejo. En la parte inferior se dispone el Purgatorio. Se descubren en él los mismos rostros que en el cuadro de la Concepción. Llama la atención un personaje rapado que señala una cabellera postiza, lo cual quizá simbolice la vanidad o lo transitorio de la vida, o quizá alude a algo más concreto, que ignoremos. En la parte medial de este Purgatorio, está colocada una pintura de la Virgen con el Niño, dentro de aureola de ráfagas, también de la mano de Quintana; sin embargo, es bastante probable que no fuera pensada para este lienzo y haya sido incorporada más tarde, cortando la parte correspondiente del cuadro.

El registro central del cuadro nos ofrece un conjunto de figuras muy hermosas. Presiden la Virgen y San José; Aquélla ayuda a San Miguel a pesar almas. La balanza se halla aquí nivelada, sin duda para significar que los pecados han quedado ya borrados por la expiación. En el lado derecho, un Arcángel saca de entre las llamas el alma de un monje, que es sin duda el trozo pictórico más valioso del conjunto. Va vestido con túnica, indicio de que ya está purificado; los purgantes, por el contrario, aparecen desnudos. Al fondo de este término se ve un nutrido cortejo de almas ya purificadas, que se dirigen beatíficamente al Señor. En esta parte, Quintana nos ofrece su gran habilidad para servirse de las medias tintas, las transparencias y los destellos, resultando todo ello de un notable preciosismo. En lo alto se figura la Gloria, con la Trinidad en medio. Aquí la exquisitez del colorido prorrumpa en los más delicados acordes, acreditándose Quintana como apreciable colorista. A los lados se sitúan figuras de santos, entre los que reconocemos a Santa Catalina, Santa Teresa, San Lorenzo, San Francisco, Santo Domingo, San Juan Bautista, San Pedro, San Pablo y San Ignacio, es decir, casi los mismos que se ven en el cuadro de la parroquia de la Concepción. El ático de este retablo constituye un añadido; en él figura un cuadro de una santa mártir, acaso del mismo Quintana.

De este cuadro de las Animas hay una copia en la parroquial del Realejo Bajo. Sin duda se inspiró en el cuadro lagunero el pintor José Tomás Pablo, cuando realizó entre 1750 y 1752 el lienzo de las Animas que se conserva en la parroquial de San Marcos, de Icod

(Tenerife) (20). De todas suertes, la composición, los tipos, el colorido, etc., nos dan a entender que el arte de este pintor, natural del Puerto de la Cruz, discurre por otro camino al de Quintana.

La devoción a *San Miguel* arraigó hondamente en el alma de los tinerfeños. Cuadros dedicados a este santo abundan en las iglesias isleñas. En la pintura de Quintana se halla bien representado. Ya hemos visto el lugar destacado que ocupa en los cuadros de Animas; pero hay otros dedicados exclusivamente a él. Seguramente el más bello es el que se venera en la iglesia lagunera de San Agustín, colocado desde no hace mucho en el retablo del Cristo de Burgos. Viste el Santo un arnés de la época, llevando espada y escudo redondo; en la diestra muestra la balanza. El paño flota airoosamente hacia un lado, arrugándose en vistosos pliegues. Como fondo vemos una hermosa campiña, que nos sugiere la verdosa naturaleza de La Laguna. Grandes nimbos cubren el cielo, pero a retazos asoma un azul purísimo, muy amado por la pintura de Quintana. En otro cuadro de la parroquia de Santo Domingo, también de La Laguna, San Miguel viste lucido atuendo militar romano. En la diestra porta bengala; también esta figura se halla situada en un paisaje verdoso, poblado de árboles. Mide 0,52 por 0,72 metros. Hemos de añadir otro San Miguel que hay en el retablo mayor del convento de Santa Clara, de La Laguna; del mismo maestro son asimismo un *San Rafael Arcángel* y un cuadro de la *Trinidad*, y tal vez una copia del *Cristo de La Laguna*, todos ellos pertenecientes al citado retablo.

A buen seguro son también de Quintana dos cuadritos que se guardan en la sacristía de la iglesia de la Concepción, de La Laguna. Miden 0,36 por 0,51 metros. Se hallan pintados sobre tabla y poseen un colorido intenso. Uno representa a *San Pablo* y está seriamente estropeado; el otro efigia el tema de *Las lágrimas de San Pedro*, tema predilecto de la Contrarreforma, como sabemos por Emile Mâle. En el rostro del Santo, ha conseguido Quintana uno de los efectos más dramáticos de su pintura.

En la parroquial de Arucas (Gran Canaria) hay un lienzo de la *Sagrada Familia*, igualmente del maestro. Mide 0,91 por 0,71 metros.

(20) Pedro Tarquis: *Un cuadro de las Animas*, de José Tomás. Publicado en LA TARDE, 14 y 16 de setiembre de 1946.

Del mismo: José Tomás, *discípulo de Cristóbal Hernández de Quintana*. Idem, 1.º de octubre de 1946.

El Niño y la Virgen aparecen coronados; Esta exhibe a la vez varias sortijas y lleva ricas vestiduras. San José es aquí, pictóricamente, elemento de relleno, dado lo flojo de su ejecución. En la colección de don Manuel Fera, de La Laguna, existe una pobre copia de este cuadro.

Otros cuadros le pueden ser atribuidos. Así el *Cristo de Burgos*, propiedad de don Agustín Monteverde, de La Laguna. Mide 1,30 por 1,70 metros. Justifican la atribución la coloración ligeramente azulada de la encarnación; los floreros que figuran a ambos lados, cuyas rosas ofrecen un dibujo y pigmentación muy similares a los que figuran en los mencionados cuadros de los Desposorios; la perfecta transparencia de la faldilla, y la propia bondad de la pintura. Es también prueba muy convincente el hecho de que, en 1681, se le encargara el policromado de la escultura del Cristo de Burgos, que labrara Lázaro González, imagen que se venera en la iglesia lagunera de San Agustín (21). Es más, la pintura de la colección Monteverde permite observar que su autor ha tenido presente la mentada escultura, pues el paño que se percibe bajo la faldilla es análogo.

Con menor seguridad le atribuimos la *Virgen de la Candelaria*, de la colección de don Carlos Lecuona Prat, de La Laguna. Mide 0,63 por 0,82 metros. Se halla pintada sobre un fondo muy similar al que figura en el Cristo de Burgos; abunda en encajes, hechos con sumo gusto y destreza. La suntuosidad cromática hace esta pintura de un recuerdo inolvidable. A no dudarlo copia la primitiva Virgen de Candelaria, arrastrada por las olas como es de todos conocido.

(21) Eliseo Izquierdo Pérez: *El Santísimo Cristo de Burgos*, publicado en EL DIA, el 14 de marzo de 1948.

L A M I N A S

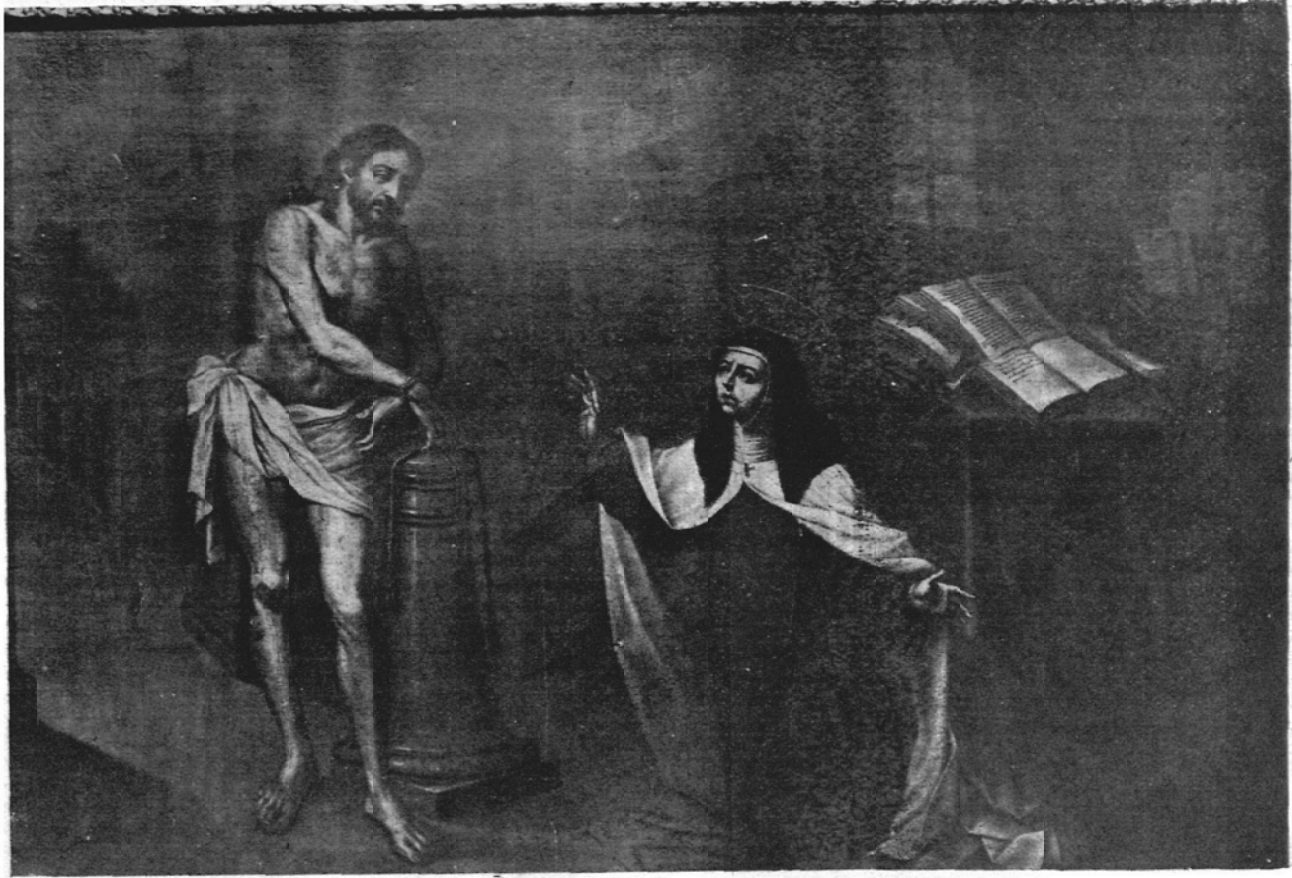


Fig. 1. *Visión de Santa Teresa*. Colección Cabrera, La Laguna.



Fig. 2. *Purísima Concepción*. Catedral de Las Palmas.



Fig. 3. Pedro Atanasio Bocanegra: *Purísima Concepción*. Iglesia de la Concepción, La Laguna.



Fig. 4. *Aparición de la Virgen a San Cayetano.* Colección de D. Cayetano Gómez, La.Laguna



Fig. 5. *El sueño de San José.* Hospital de Dolores, La Laguna.



Fig. 6. *San Juan de Dios y San Cristóbal*. Hospital de Dolores, La Laguna.



Fig. 7. *San Pío V rezando por el triunfo de Lepanto*. Iglesia de Santo Domingo, La Laguna.



Fig. 8. *La Virgen con el Niño*. Iglesia parroquial de Arucas (Gran Canaria).



Fig. 9. *San José con el Niño*. Iglesia parroquial de Arucas (Gran Canaria).



Fig. 10 *San Simón*, Ermita de San Jerónimo. Tacoronte.



Fig. 11 *San Judas Tadeo*. Ermita de San Jerónimo. Tacoronte.



Fig. 12. *San Simón* Iglesia de la Concepción, La Laguna



Fig. 13. *San Judas Tadeo*. Iglesia de la Concepción. La Laguna.



Fig. 14 *Santa Ana o La Familia de la Virgen.* Catedral de Las Palmas.



Fig 15. *San Joaquín, Santa Ana y la Virgen* Iglesia de Santo Domingo, La Laguna



Fig. 16. *Desposorios de la Virgen y San José.* Iglesia de la Concepción, La Orotava.



Fig. 17. *Nacimiento*. Iglesia de Santo Domingo, La Laguna.

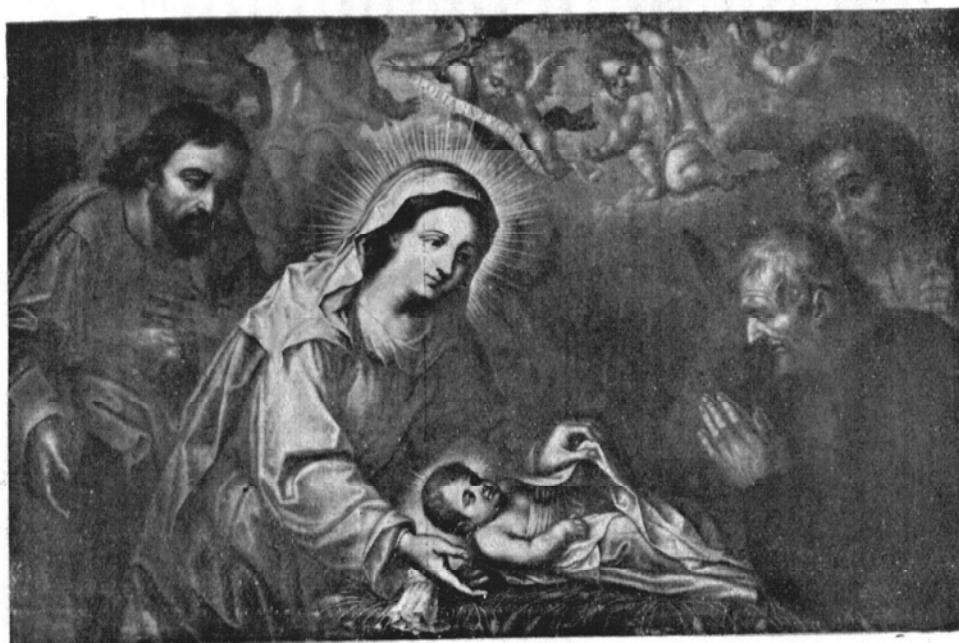


Fig. 18. *Adoración de los Pastores*. Colección de D. Cayetano Gómez, La Laguna.



Fig. 19. *Las Animas*. Iglesia de la Concepción, La Laguna.



Fig. 20. *Las Animas*. Catedral de La Laguna,

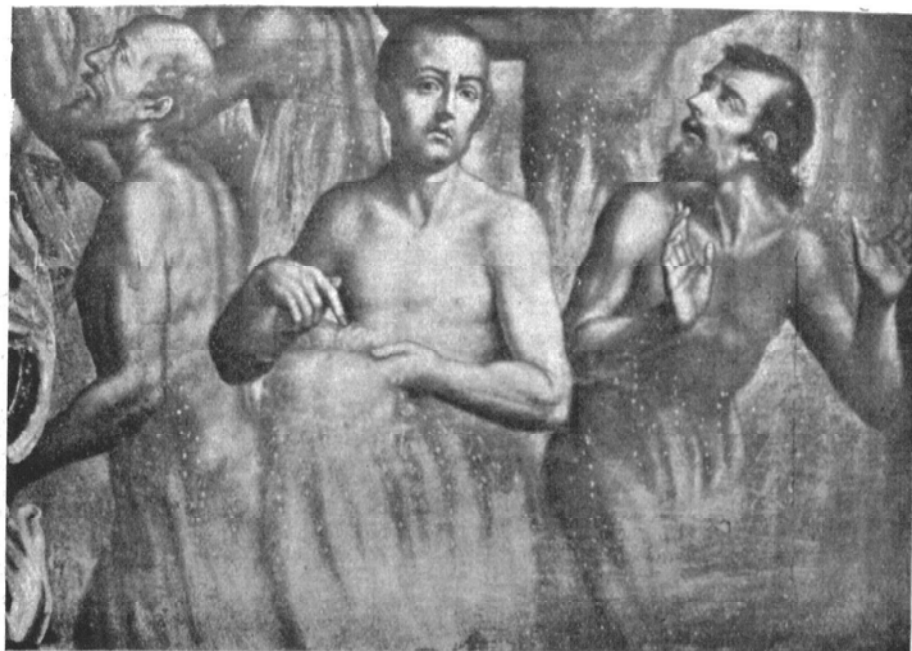


Fig. 21 *Las Animas* (detalle). Catedral de La Laguna.



Fig. 22. *Sagrada Familia*. Iglesia parroquial de Arucas (Gran Canaria).

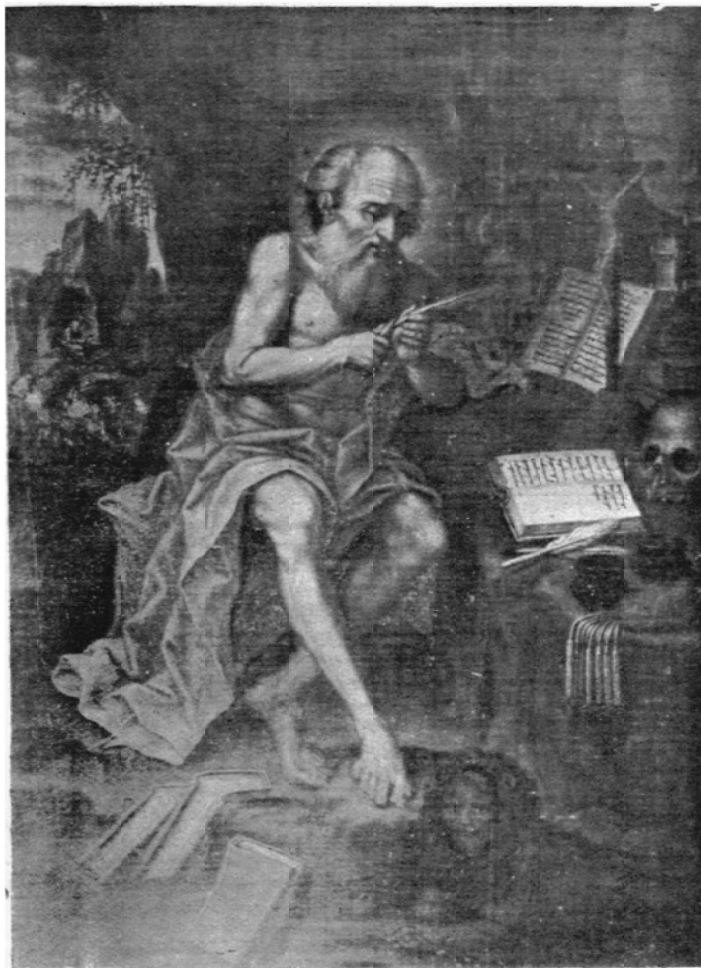


Fig. 23. *S. Jerónimo*. Iglesia de Santo Domingo, La Laguna.



Fig. 24. *S. Miguel*. Iglesia de Santo Domingo, La Laguna.



Fig. 25. *Las lágrimas de San Pedro*. Iglesia de la Concepción, La Laguna.



Fig. 26. *Abrazo de Santo Domingo y San Francisco*. Iglesia de San Juan, Telde (Gran Canaria).



Fig. 27. *Cristo de Burgos*. Colección de D. Agustín Monteverde, La Laguna.



Fig. 28 *Virgen de Candelaria* Colección Lecuona Prat, La Laguna.